

*Oh, espesa selva
que moras en mi casa,
no encuentro el esplendor de tu belleza...*

*Cuando algunos plantan
sin el espejo de la verdad,
queriendo cosechar grandeza,
solo alcanzan vacío...*

*Y aunque parezca un hermoso campo
de gran vegetación,
sin la mano de Dios, todo es ilusión.*

APOCALIPSIS DE SAN JUAN. COMENTARIOS Y REVELACIÓN.

INTRODUCCIÓN

Este libro comenzó a ser escrito el miércoles 9 de julio del año 2008 por un hijo de Dios y de la Santísima Virgen que actualiza al profeta Elías, y que recibe su nombre, pues Dios le ha cambiado el nombre conforme a los grandes hombres y mujeres bíblicos, de acuerdo con la misión que debe desarrollar en los últimos tiempos, por lo que podemos decir, que es un apóstol de los tiempos finales, que son el comienzo del fin, para dar principio a una nueva era, que será como una nueva aurora y podrá ser llamada, con verdad y definitivamente: "civilización del amor".

Esta es una revelación que Dios hace, a través de la Santísima Virgen, directamente a su hijo Elías e indirectamente a su hijo Juan. Ambos son testigos y aunque son dos, uno solo son.

Elías es profeta, muy tenaz en el obrar, y tiene gran inteligencia práctica; y con la inteligencia intelectual, el otro le guía, lo que le impide errar. Juan es como una presencia del bautista, mas con la altura del evangelista; pero el amor los une a los dos, pues no son dos testigos sino uno solo son. Elías personifica a Juan y Juan a Elías, y ambos son testigos de la Revelación; pues nadie ha dicho que del cielo han de bajar, sino que de la tierra son y al cielo han de llegar, pero sólo cuando hayan vuelto el corazón de los hijos de Dios hacia los padres y el de los padres hacia los hijos podrán desenmascarar al anticristo, quien tramará una gran iniquidad para el mundo esclavizar.

Ambos son dos ramas de olivo y dos candeleros que arden delante de la presencia de Dios y tienen el poder de atar y desatar en el cielo; de hacer caer la lluvia o de arrojar fuego por sus bocas. Ambos tendrán la efusión del Espíritu Santo y, por el poder de Dios manifestado en ellos, harán temblar al mismo infierno y si los hombres no vuelven sus corazones a Dios, después de tanta misericordia, dejará caer el brazo de su justicia.

Ambos testigos saldrán de lo incógnito y, cuando los hombres menos lo esperen, proclamarán por todo el mundo la verdad del Santo Evangelio y serán un katéjon u oposición al anticristo; de manera que le harán la guerra y no los podrá vencer. Solo serán muertos cuando Dios lo permita; los habitantes de la Tierra tendrán una gran felicidad, cuando se den cuenta de que los dos testigos fueron vencidos por el anticristo en Jerusalén y, aunque murieron como nuestro Salvador, y sus cuerpos fueron expuestos a la burla pública de toda la Tierra, no todos caerán en la cuenta del engaño en el que caminan ni de su propia maldad y pecados; al contrario, sentirán una especie de alivio por la desaparición de quienes les

fastidiaban la conciencia; pero, luego, Dios los resucitará ante el estupor de todas las gentes y el anticristo será aplastado y arrojado al infierno, y con él todos sus secuaces y seguidores para la mayor gloria de Dios.

Al hablar del Apocalipsis hay que entenderlo como una puerta que se cierra; pero si hay una que se cierra, se sobreentiende que hay otra que se abre, y ésta es la del libro del Génesis. Quien puede entrar por la primera puerta y salir por la segunda, podrá entender todo lo que hay dentro de la casa o castillo, que es la Sagrada Escritura.

Muy pocos conocen lo que hay dentro de esta gran mansión, que solo tiene una puerta de entrada y una puerta de salida, y sólo algunos conocen lo suficiente para su salvación; nadie ha logrado entrar jamás en todas las estancias de este castillo exterior, cuando es libro predicado, y castillo interior, cuando es libro vivido.

Para muchos no es necesario conocer todas las estancias del castillo, pero Dios no ha creado las cosas que contienen sus secretos, para que éstos permanezcan ocultos para siempre. Dios a sus amigos les revela sus secretos; pero la palabra de Dios – mientras exista la historia del hombre terrenal -, no puede permanecer todo el tiempo con todos sus secretos ocultos.

Este es el tiempo en el que algunos de los secretos de la Sagrada Escritura han de desvelarse, no porque fuesen la base del ocultismo, sino porque las generaciones pasadas no estaban preparadas para recibirlos.

Todos los días se llegará a una mejor interpretación de la Palabra Sagrada, para una mejor comprensión de la voluntad de Dios, y así se podrá poner en práctica. Dios nos tiene en su libro santo para estos tiempos, como los tiene para todos los tiempos, dos claves fundamentales para comprender los mensajes de la Sagrada Escritura y son los dos testigos. El primero representa el libro del Génesis y el segundo representa el libro del Apocalipsis.

En la Sagrada Escritura hay tres tipos de mensajes: hay uno que es evidente para todas las culturas, todos los tiempos y todas las naciones y que es necesario acatarlo por su evidencia para la salvación; lo pueden comprender hombres poco letrados, sencillos e ignorantes, así como los que descuellan por su ciencia. El segundo mensaje es también para todas las épocas y culturas, pero sólo es comprendido por aquellos que llegan a una mayor perfección en el amor a Dios; aquí pueden ser enmarcados los santos. El tercer mensaje va dirigido a cada época de la historia humana y sólo puede ser descubierto por una iluminación particular de Dios. El tercer punto es nuestro caso con el Libro Santo del Apocalipsis; no pretendiendo decir con esto que este libro sea sólo para nuestra época.

Es el libro que los dos testigos conocen y que fue revelado, como fuente de esperanza, en medio de la tribulación, para nuestra época; se acerca la tribulación y una de las peores que la historia humana pueda conocer.

El propósito de este escrito es el de ser fuente de esperanza, para cuando sucedan acontecimientos descritos en el Libro Santo del Apocalipsis y por revelación especial de Dios. Este escrito se centra en las partes de este libro que hacen referencia a nuestra época, para que nos dé luz y nos guíe en esta noche de oscuridad, en medio de la cual caminamos; porque en los momentos en que se escriben estas palabras, estamos en la Iglesia y en la humanidad, como cuando Jesús estuvo en el sepulcro durante tres días; es una noche de gran silencio y oscuridad, donde la oscuridad no da paso a la luz de la resurrección.

En esta época, en la que hay pocos hombres y mujeres con la luz de Dios, se hizo necesario que Dios escogiera a dos siervos suyos para que, con la revelación de uno de los Libros Santos de la Sagrada Escritura, diesen esperanza a nuestro tiempo.

El Apocalipsis de Jesucristo es un libro que contiene revelaciones, como su nombre lo indica, que Dios confió a sus servidores para que éstos se lo enseñaran a otros, respecto a lo que va a suceder pronto.

Fue un arcángel, seguramente el Arcángel Gabriel, el designado para que lo transmitiera en forma de visiones o revelaciones al apóstol San Juan, que es un digno servidor de Dios en el amor. El apóstol narra lo que Dios le transmitió a través de su arcángel, por medio de especies intelectivas que le permiten afirmar lo que él vio con sus sentidos espirituales: la palabra de Dios afirmada y expresada en toda la Sagrada Escritura y el testimonio solemne de Jesucristo, expresado de forma concreta en los cuatro evangelios.

El Libro Santo del Apocalipsis llama “bienaventuradas” a aquellas personas que, públicamente, lean estas palabras proféticas; también serán más felices quienes las escuchen y pongan en práctica, haciendo caso del mensaje que nos interpela y que es para nuestro tiempo. Es el mismo Dios, que a través del hagiógrafo sagrado, el que nos dice que son palabras proféticas que debemos escuchar y obedecer lo que nos mandan; y aquí la palabra *profecía* hay que entenderla en sentido literal y no interpretativo; por consiguiente se debe entender que si la profecía dice que habrá destrucción, habrá destrucción.

Muchas de estas profecías son para nuestra época, y no podemos olvidar que la palabra de Dios nos habla a través del libro del Apocalipsis.

PRÓLOGO

Hermano lector con quien comparto mi existencia, quiero decirte, delante de Dios, a quien considero mi Padre, que nunca en mi vida tuve pretensión de escribir, soy un ser un poco loco que de poeta, profeta y loco, tiene un poco.

Valoro la existencia como un don maravilloso y me siento feliz de existir. Aunque escribo profecías, Dios sabe que no quisiera escribirlas, porque no me gusta la pretensión, el ruido, el prestigio de los hombres, ni nada similar. Me gusta existir y sentirme amado por Dios, y de esta manera, amar la creación y en la creación abrazar a los hombres.

Por circunstancias de la vida, permanecí tres años en un lugar de oración, en una cueva que yo mismo escavé bajo la roca en uno de los cinco países que se convertirán en luz para la humanidad y que es muy amado por la Santísima Virgen. En este lugar no había luz eléctrica ni tecnología, solamente había serpientes de cascabel y de coral, alicantes, alacranes y ratas. Lo único que resonaba era una locomotora a kilómetros, en las noches solo se escuchaban los animales nocturnos y el silencio del día a veces era interrumpido por el trinar de un águila o por el murmullo del viento. Solo tenía papel y lápiz, una cama de piedra, las cobijas con que me cubría, el tarro de galletas y el agua que acostumbraba tomar a medio día. Eran las cosas más importantes en mi vida.

En esta cueva tuve tres años de gracia y respondí a un mandato explícito que me dijo: *“Vete al desierto y construye mi casa sobre la roca”*. En el desierto viví, en el desierto soñé, en el desierto reí, en el desierto lloré, en el desierto dormí, en el desierto suspiré, en el desierto reclamé a Dios, en el desierto cometí errores, en el desierto pequé, pero en el desierto me iluminó la gracia.

Mi estancia en el desierto no fue para mí ni por mí; mi estancia en el desierto fue con Jesús, en Jesús y para Jesús. Mi estancia en el desierto fue pro existente, fue una vida para los demás, aunque estuve solo; solo durante muchos días sin contemplar a nadie, ni hablar con nadie.

Viví pobremente, mi cama era una piedra y mi comida muy sencilla, frijoles o arroz, y cuando había, se comía y cuando no había, se estaba feliz.

En una de mis tardes en esta montaña rocosa, cuando salía de orar y había tomado mis alimentos, me dispuse a ir a descansar a mi celda, e iba desapercibido pensando en mi país natal, pensando en la gente que me quería y pensando en los escritos que estaba haciendo; de un momento a otro y de la nada, contemplé a un lince frente a mí. El pavor invadió mi cuerpo y la adrenalina que se produce con el miedo me paralizó, pero saqué fuerzas, sabía que no podía hacer ningún movimiento, que había que quedarse quieto y que no había oportunidad de correr. Miré fijamente al animal a los ojos, me llené de confianza y elevé una oración a Dios: “Padre bueno, soy tu hijo y esta es tu criatura, en ti confío”, al poco tiempo, el lince después de haberme mirado fijamente a la cara,

dio media vuelta y trepó por en medio de una montaña con tanta agilidad como yo no había visto en un animal.

Una mañana de muchas, decidí caminar con un campesino que me había ayudado a escavar la cueva; después de haber caminado entre dos y tres horas, subíamos por la cuesta de una montaña donde solamente había abrojos, espinas y piedras. En medio de la fatiga de la subida, vimos que por una piedra lisa y grande en la cual nosotros estábamos parados, se deslizaba una serpiente de cascabel bastante grande con más de 8 o 9 cascabeles. El animal iba de forma pacífica, mi compañero se alertó y dijo que pretendía matar la serpiente con un garrote; yo se lo impedí y le dije que ella iba por su camino y que no nos haría daño, que la dejáramos continuar su camino y nosotros seguiríamos el nuestro, y así ocurrió. Aunque la serpiente pasó muy cerca de nuestros pies, siguió su camino sin inmutarse, nosotros nos quedamos inmóviles y cuando ya nos vimos seguros, seguimos el nuestro.

Aunque estaba en medio del desierto experimenté noches heladas, especialmente una mañana cuando desperté y abrí la puerta de mi celda, tuve una experiencia maravillosa al contemplar que durante la noche había caído nieve del cielo y todo el desierto estaba completamente blanco. Caminé en medio de la nieve y con un tarro de agua que llevaba en mis manos, resbalé en medio de la nieve y rodé varios metros abajo y pensé: “¿Cómo es posible que en un lugar tan seco como estos, de un momento a otro haya tanta agua congelada?”, “Donde antes había tanta muerte, ahora tengo en mis manos el elemento principal de la vida”. En ese momento comprendí a qué fui a ese lugar: “Así como el desierto consume las plantas, fui a morir yo mismo en el desierto, para que luego hubiera mucha agua que diera vida a los demás”.

En ese tiempo leí mucho, oré y reflexioné y recordé las palabras: “*debes escribir*”. Me dediqué a escribir por mandato divino -y es de lo único que no puedo dudar- días enteros con sus noches, en medio de la luz del día, de la débil luz de una vela o de una lámpara de baterías que ponía en mi cabeza y con ella no dejaba de escribir.

De tanto escribir hasta mi mano perdí, porque llegó un momento en que el dolor fue tan desgarrador, que se puede decir que escribí muchas palabras con sangre y la constancia alcanzó más de lo que mi inteligencia no vislumbró.

Pasaba los días enteros escribiendo y a veces hasta altas horas de la noche perdiendo la noción del tiempo. Tenía una fuerza que me impulsaba a escribir y escribir, el impulso que tenía por dentro no me dejaba parar, escribí desde toda la autenticidad de mi ser y me convertí en escritor, no por vocación, sino por insinuación. Mientras escribía, las palabras salían con toda naturalidad, no pedo decir que haya tenido ninguna experiencia mística ni que viniera un ángel a dictarme nada,

nunca sentí eso; las ideas fluían con toda naturalidad, sentía un grande dolor en mi mano y la espalda me afligía terriblemente con el dolor y no quería parar.

Nunca tuve que corregir nada, no recuerdo haber tachado nada, ni haberme puesto el bolígrafo en la cabeza pensando cómo decir esto, o qué escribo ahora, aún cuando escribía los números y hacía las pirámides triangulares de palabras.

No puedo desconocer que tenía uno que otro apunte por ahí que me ayudaba en mis escritos, me sabía casi de memoria la Mística Ciudad de Dios, tenía escritos de algunos santos, una Biblia y un libro de palabras en griego y hebreo, entre otros escritos de menos importancia.

Sentí que lo que escribía era la verdad, aunque en muchas cosas se pueda notar mi pasión, mis errores, equivocaciones, mi carácter, mi temperamento, mis caprichos y mi estado de ánimo. Sentía que había una fuerza dentro de mí que me decía que estaba haciendo lo correcto y me impulsaba a seguir escribiendo.

Cuando empecé a escribir lo hice por temor a Dios, porque había recibido un mandato directo de Él y sentía que si no lo hacía, cometía una desobediencia y tendría que pagarla en el purgatorio. Pensé que otro podría hacer lo que a mí me estaban pidiendo, pues yo era el más indigno y el más incapaz, el menos intelectual y el más estúpido; no sabía por dónde empezar, ni siquiera qué escribir, sólo sabía que debía escribir un libro sobre el Apocalipsis.

En mi país natal, alguien entregó en mis manos un escrito y me dijo imperativamente: *“El Señor te manda decir que debes escribir un libro y el libro debe ser sobre el Apocalipsis”*. No me dijeron nada más. Tomé el escrito con sentimiento de incredulidad, y estas benditas hojas llegaron a mi casa sobre la roca. Tuve que poner estas hojas en el trabajo de armar, como un rompecabezas. Me di cuenta que eso no servía y sentí que la única manera de llevar eso a cabo, era explicando versículo por versículo del libro del Apocalipsis. En la medida en que empecé la obra, me di cuenta que era un trabajo dantesco y que me iba a llevar muchos meses, aun tomando en cuenta el ritmo de escritura que tenía.

Cuando estaba escribiendo sobre el libro Santo del Apocalipsis vi en la necesidad de explicitar los once primeros capítulos del Génesis, los siete libros intermedios de Daniel y también de explicar los capítulos apocalípticos que se encuentran en los tres evangelios sinópticos para llegar a un mejor entendimiento del Apocalipsis. En conclusión, todos los escritos posteriores que salieron al libro de Apocalipsis fueron producto del mandato inicial: *“Vete al desierto y construye mi casa sobre la roca”*

CAPÍTULO 1 DEL LIBRO SANTO DEL APOCALIPSIS

Prólogo - Argumento y saludo

San Juan, desterrado en la isla de Patmos, escribe por orden de Dios la revelación a las siete Iglesias de Asia.

1,1 Revelación de Jesucristo, la cual como hombre ha recibido de Dios su Padre para descubrir a sus siervos cosas, que deben suceder pronto: y la ha manifestado a su Iglesia por medio de su Ángel, enviado a Juan, siervo suyo,

Esta es una revelación recibida de Dios Padre, del Hijo Eterno del Padre y del Espíritu Santo, a uno de sus hijos, aquí en la Tierra, y que tiene a Jesucristo por centro y fuente de la misma revelación. El término *revelación* viene del griego que significa “apocalipsis” o “poner al descubierto” y en el Nuevo Testamento se aplica generalmente a la manifestación de Jesucristo en la parusía o en su segunda venida (Rm 2,5; Rm 8,9; ICo 2,7; IITs 1,7; Lc 17,30; IP 1,7-13; IP 4,13).

De acuerdo con estos textos bíblicos, se pueden descubrir dos sentidos en la manifestación de Jesucristo: Jesucristo comunica esta revelación y Jesucristo es el objeto de la misma. En estos textos también se puede descubrir una idea clara de escatología como la presenta el primer versículo del Apocalipsis, sobre el inminente juicio de Dios y que prevalece en todo el libro santo, y que se da por intermedio de su ángel como se corrobora en Daniel 9 y 10; Zacarías 1 y 2.

El Padre Eterno invisible, a través de su Hijo unigénito visible Jesucristo, nos quiere descubrir cosas que van a suceder pronto, y cuando se refiere a *que deben suceder pronto*, significa que son para nuestros días; pueden ser tres o cuatro años más, pero no más de treinta. También fue “pronto” para épocas pasadas y también lo será para las generaciones futuras; a cada época le tocará su parte en el cumplimiento de la profecía.

Cuando el versículo 1 se refiere a *sus siervos* debe entenderse, especialmente, a los servidores que están dentro de la Iglesia Católica; es un mensaje de Dios Padre, transmitido por la luz del Espíritu Santo, a través de su siervo Juan, por medio del Arcángel Gabriel. El mensaje trata de Jesucristo y su plan de salvación para la humanidad, del que nos encontramos en la penúltima etapa de la historia de la salvación, hasta que esta gran obra de Dios llegue a su plenitud, con el segundo juicio de Dios sobre todos los hombres y mujeres de todos los tiempos. Este plan de salvación está a punto de llegar a su plenitud, con la manifestación escatológica del Hijo de Dios, en su venida intermedia, a la que hace referencia San Bernardo de Claraval.

Entonces el arcángel, por orden de Dios, manda a Juan que escriba a las siete Iglesias (Ap 1,4) que representan toda la historia de la salvación, desde que Jesucristo fundó la Iglesia hasta que se desarrolle el segundo juicio escatológico que tendrá lugar en la plenitud de los tiempos. Cada Iglesia corresponde a una

época de la Iglesia Católica. Estamos viviendo en la penúltima Iglesia, por lo cual que quien escribe tratará de centrarse en lo que Jesucristo dice a quienes vivimos en esta Iglesia de Filadelfia.

El número 7 indica plenitud en la Sagrada Escritura, y esta es una de las razones por las que San Juan se dirige a las siete Iglesias del Asia Menor, que fueron reales y existieron como comunidades cristianas, y que son figura y tipo de los siete estados por los que debe pasar la Iglesia, antes de introducirse en el castillo interior, que es la Nueva Jerusalén, como deberá hacerlo el alma de cada creyente.

El número 7 de plenitud, debe ser formado por la suma de $3+4=7$. El número 3 representa la divinidad y la trinidad, la perfección y el amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo; es también la representación de todo lo espiritual. Los antiguos orientales, y la mayoría de los pueblos antiguos, creían que el mundo material estaba formado por la composición y mezcla de cuatro elementos: tierra, aire, fuego y agua; de manera que el número 4 siempre se identifica con el mundo material y el número 3 con el mundo espiritual.

Como la creación es una composición entre el mundo material y el mundo espiritual, en donde el hombre y la mujer son el culmen de la misma, se puede llegar al número 7, ya que $4+3=7$. Este número 7 sólo será posible en el cuerpo resucitado de cada hombre o mujer, donde el cuerpo tendrá cuatro dotes de gloria representando el mundo material:

- *Claridad*: cuerpo de luz
- *Sutilidad*: cuerpo que puede traspasar la materia
- *Impasibilidad*: cuerpo que no se destruye y no tiene necesidades ni limitaciones físicas
- *Agilidad*: cuerpo que no está sometido al tiempo ni al espacio y puede moverse como el pensamiento

El alma tendrá tres dotes de gloria correspondientes a lo espiritual:

- *Del entendimiento*: conocerá a Dios en gran plenitud
- *De la voluntad*: amará a Dios en gran plenitud
- *Del disfrute o fruición*: disfrutará a Dios y las cosas creadas con gran plenitud. Esta plenitud, que alcanzarán los resucitados a imagen de Jesucristo y su Santa Madre, la alcanzará la Iglesia hasta lograr convertirse en una esposa bellísima, digna del Cordero Inmaculado, como es la Santísima Virgen, siendo madre y esposa.

De las siete Iglesias en toda la historia, tres serán espirituales y cuatro corporales, aunque las espirituales harán que las corporales se espiritualicen, hasta llegar a la plenitud de los tiempos. En todas las Iglesias se encontrarán pecadores y pecados, pero en las corporales muchos más que en las espirituales.

En las iglesias materiales se desarrollará grandemente la concupiscencia, ya que perdieron el santo temor de Dios e hicieron su propia voluntad. A todas ellas el

Señor las eligió durante las siete épocas de la humanidad y de la misma Iglesia. Aunque Dios las había elegido, por iniciativa suya abandonaron su santa ley y transgredieron todos los mandamientos, en especial el mandamiento del amor. Son iglesias que fueron inspiradas en el amor y pasaron luego a la deshonra del Santo Nombre de Dios.

1,2 el cual ha dado testimonio de ser palabra de Dios, y testificación de Jesucristo, todo cuanto ha visto.

Este testimonio que Juan evangelista transmite es palabra de Dios, y es el mismo Jesucristo quien legitima esta palabra como verdadera con el misterio de su encarnación, muerte y resurrección; su discípulo Juan ha podido ser testigo de toda la verdad con su vista, sus oídos y su tacto, y sólo habla de todo lo que ha visto, oído y tocado.

1,3 Bienaventurado el que lee con respeto, y escucha con docilidad las palabras de esta profecía: y observa las cosas escritas en ella: pues el tiempo de cumplirse está cerca.

En las primeras comunidades cristianas, por causa de la bienaventuranza que aquí se expresa, el Apocalipsis era un libro de cabecera y de primera mano como lo eran los evangelios. En el Concilio IV de Toledo, en el año 633, se ordenó: *“La autoridad de muchos concilios y los decretos sinodales de los santos pontificios romanos prescriben que el libro del Apocalipsis es de Juan Evangelista y determinaron que debe ser recibido entre los libros divinos, pero muchos son los que no aceptan su autoridad y tienen a menos predicarlo en la Iglesia de Dios. Si alguno, desde hoy en adelante, o no lo reconociera o no lo predicara a la Iglesia durante el tiempo de las misas, desde pascua hasta pentecostés, tendrá sentencia de excomuniación”* (Enchiridion Biblicum No. 24).

El tiempo de cumplirse está cerca quiere decir que la segunda venida de Jesucristo (Ap 22,7-10; ICor 7,29; Flp 4,5; Hb 10,37; St 5,8; IJn 2,18) está cerca para todos los que vivimos en esta época; es el advenimiento que todos debemos desear, y mucho más ahora, que han transcurrido veinte siglos de cristianismo (IITm 4,8).

Muchos teólogos de hoy, basados en una ciencia puramente humana, han distorsionado el mensaje real de la profecía y han confundido a pastores y fieles, dando un sentido al Libro Santo del Apocalipsis distinto al que Dios tiene para nuestro tiempo, impidiendo que los católicos den una respuesta acertada a esta revelación, que es fuente de esperanza y una llamada a la conversión y a la justicia de Dios, que puede llegar en cualquier momento, si no le abrimos el corazón. El texto insiste en que debemos dar crédito a esta palabras, tanto como al mismo Evangelio, y debemos apurarnos porque el tiempo que nos queda es corto y Jesucristo puede llegar en cualquier momento.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

